

Orquídea de plata

Charles J. Doom



Capítulo 1

Tus labios.

Necio amante fui
Al creer que eras mía
Que tus miradas furtivas y tus sonrisas secretas eran mías
Pero fuiste tan mía, como mía es la luna
Como míos son los océanos.

La noche se hace más fría, insufrible
Cada minuto que transcurre tu rostro se hunde en negras melancolías
Tus dedos se aferran a otra piel, con la vana ilusión de ser libre
Suspiras, gimoteas
Hastada vigilas la noche, con esperanza aún, de encontrar un poco de luz
Pero tu flor se marchita, y enredaderas cubren tus labios.

Amantes van y vienen, las enredaderas te adoran como joyas preciosas
Prisionera eres de tu ilusión de libertad
Te veo entre las gruesas gotas de lluvia
Ahogarte en desdichas
Te tomo entre mis brazos
Y vuelves al polvo
Suspiras, gimoteas
Tus labios son dádivas de los dioses a los mortales
Tus labios no son míos
Y tú, nunca fuiste mía.

Capítulo 2

Maíz

La anciana molía el maíz
Cosechado por su marido en campos ajenos
De frenéticos campesinos
Su brazo cansando clemencia pedía
Pero el fuego de sus vísceras ansiaba comida
Molió, molió, y molió
Hasta que tenía suficiente harina
Complacida la tomó y fue a su cocina.
El aroma del maíz tostado

Encendió sus mortecinos corazones
Atrajo a su viejo marido
Pusilánime se sentó en la silla frente a la mesa
Con un vaso de caña en la mano y una botella de aguardiente en la otra
Cansado, melancólico, ¿cuándo no lo estaba?
Rememoró su larga vida
Y exclamó:
¡Que desdicha me cubre! Trabaje desde la niñez en estas tierras y su pago
para conmigo fue ser infértiles. Estoy cansado y ya no puedo robar más
maíz.
El anciano lloró.

Y su esposa lo abrazó;
No temas, amor mío, celebremos nuestra ida que Dios será bueno
Sus labios se unieron
Los vasos fueron colmados
Y la vida, aunque infeliz, placentera.

Capítulo 3

Recuerdo

Viene a mí el trivial recuerdo
De nuestros asiduos juegos bajo el árbol de mangos
Nuestras caídas, nuestros brutales gritos, y nuestros ocasionales abrazos.

Recuerdo tu fina voz de miel
Que, austera era mi guía
Bajo la lluvia de magma y el brutal acero
Tus ojos, como mariposas de oro llenaban el abismo ingenuo de la trivialidad y la ardiente cólera
Recuerdo tus brazos, como serpientes apretujaban mi ser hasta dejarme azul,
Luego morado, lentamente me perdía en el cosmos.

Ahora ya no estas
No volveré a ver tu rostro
No veremos la lluvia caer sobre el pasto
Te harás polvo y yo me haré anciano
¿Quién me recordará tu rostro cuando mi memoria falle?
No serás, pues, nadie
Se olvidará tu existencia y yo me haré viejo
Pasarán décadas, casi un siglo y tu rostro me será una ensoñación
Y tú, seguirás siendo polvo.

Capítulo 4

Ruiseñor

Un ruiseñor una mañana se posó en mi ventana
Canto y canto mil melodías y una historia de amor
Vino un día, y canto sobre una nube que en el día era miel, y en la noche níquel.

Asiduo cantaba a oídos sordos depravados
Que como fuego destruían su clamor
Exasperado voló tres continentes
Cantando mil melodías y una canción de amor
Ignorado enloqueció y desplegó sus alas
Y en la bruma divisó una nube dorada
Que a sus ojos se hacía flor
Enloqueció y canto

A las diez lunas pregunto: ¿Con cuántos cantos se consigue un amor?
Lo miré y sonreí
"Solo con una uña de Dios"
Respondí
Canto y se marchó.

Capítulo 5

Morir un enero

Quisiera morir una fría noche de enero
Que los últimos copos de nieve cubrieran mi impureza
Y mi cuerpo, como una especie de momia perdurará mil siglos y una
amapola

Quisiera morir una tarde de febrero
En medio del amor efímero y decirle
Hoy no te amo, quizás, mañana si, o quizás en otra vida

Quisiera morir, o quizás vivir
Una mañana de abril
Ver morir la fugaz flor de oro
Ver como se consume el último arroyo
Y en medio de una guerra, o quizás un amor buscar entre sollozos la
ferviente mano de mi creador.

Capítulo 6

La muerte de un ave

El ave herida descansa en su nidal
Moribundo contempla la tierna nube que acaricia la montaña que indolente
la recibe
Muere la caricia y la fugaz armonía.

Bajo su nidal se extiende la hortensia que austera crece
También la amapola que fugaz muere
Quizás, también él.

Contempla la torrencial lluvia de septiembre
Que a cántaros no llegará
Ni mañana ni en un millón.

Una pequeña gota en su nidal cae
Se hunde entre las ramas y desaparece, pues, que efímera es la vida
Que ha muerto una gota y un ave en un nidal.

Capítulo 7

Cuando sea viejo

Cuando mi carne se pliegue y mis cansados huesos no sostengan mi alma,
no me fotografíen
Ni en vida, ni en el féretro

No levante a mi nombre un altar
Pues no lo veré
Ni escriban canciones sobre mis hazañas
Pues estaré cansado y no las oiré
No le den a mis hijos, o quizás a mis nietos, una tentativa de un frustrado verso
Ni lleven mi cuerpo a las llamas.

Repartan mis riquezas, si es que alguna queda
No a los pobres, porque no la apreciarán
Ni a los ricos, porque será una pequeña rosa en sus rosales
Dénselas a los que surgen de entre los escombros
Al que niega vivir en yugo
O al que muere agonizante.

No escriban mi nombre efímero en la arena
Escríbanlo, tal vez, en el mármol
Así cuando la gente pase lo ignore y siga con sus tediosas rutinas
Y quizás un vagabundo, o quizás una pareja de enamorados lea;
Aquí no yace un hombre, aquí rara vez descansa su espíritu.

Capítulo 8

Vida

Vivir quizás sea un martirio
una especie de castigo por mirar más allá de las estrellas
Por creer que el hombre puede ser un ave o un amarillo pez.

Quizás viva para ver un frondoso araguaney perecer
Y entre mis manos tomar aquellas flores de oro, y exclamar: ¿Qué he
hecho para ver morir esta belleza?
Quizás viva para ser un esclavo de mitos antiguos
Ser castrado y adoctrinado en alguna antigua necedad
¿Seré un buen monje, o un gran descerebrado?

Mi vida quizás consista en ser un observador
Condenado a ver morir las hermosas flores
Ver secarse los árboles y caer sobre indefensas familias
Observar como lentamente el fulgor de la juventud desaparece de mis
huesos
Añorare quizás un día, o una noche mi muerte
Y en mi lenta espera escribir un verso, o quizás dos
Sobre cómo ser un buen observador.

Capítulo 9

Un alma cautiva

Pase dos noches junto a un ventanal
Temeroso de una pronta muerte
Mil sombras se movían a mis ojos
Y un cántico movía mis delegadas piernas
Estaba cansado y mi musa estaba ausente.

Caí en un mar de negras aguas
Extrañamente estaba sereno y no había ninguna barca
Pasaba el sol, y después venía a saludar la luna
Estaba cansado y todo me era extraño
A lo lejos una embarcación apareció, como un gran fantasma
Arrojó un par de flores azules y moradas
Y siguió su camino.

Los días transcurrían como pausados siglos
Mi carne se hacía vieja y mis huesos una extraña agua
Quería vivir, o quizás morir
Estaba cansado y mi musa estaba ausente.

Capítulo 10

Las bestias

Las bestias del níquel y el azafrán
Alzaron sus ennegrecidas garras
Bailaron una noche sin luna
Mientras que el oro se hacía el más simple de los metales
Orquídeas crecían en sus senderos
Y, por capricho, sus enormes garras las hicieron añicos
Retrozaron y cantaron
La simiente crecía
gritaron a voces injurias contra su dios
"¿Qué desea esta simiente?" Preguntaron candentes
Y Dios les respondió; un hogar.

Capítulo 11

La madre del poeta

Culpo a tan bella mujer del infortunio de mi padre
Fue buena madre, quizás una singular amante
Quizás nunca entendió las circunstancias del amor, tal vez no conoció el amor en sus tiernos años
Viví suspicaz de su fe ciega sobre dioses falsos, y títeres de sombras.

Fui durante largos años su marioneta de culpas; yo gozaba aquello
Los años se diluyen sobre su piel cansada
Y sus ojos, aún altivos buscan una extraña venganza de otra vida.
Los segundos transcurren y tu vida se desvanece como una gota en el insondable océano
Te haces anciana y yo poeta.

Entre las lágrimas ingenuas
Tus huesos se harán polvo y tu sangre tinta nueva.
¿Este poeta, madre mía, fue un buen hombre?

Capítulo 12

Necio

Necio fuiste, al creer que eras amo y señor de una vida ajena
Que un colibrí podría vivir eternamente feliz en una jaula
Que un narciso podría florecer bajo la perpetua lluvia
Y que la vida, entre más control, más feliz se es.

Rezo a la lluvia y al sol
Que un día, que no sea noche
Despiertes
Y, que la maldad que te rodea, desaparezca
Y creas en un Dios.

Capítulo 13

Peñero

Fui un peñero infructuoso,
Navegaba sin destino,
Ni guía.
En las indomables aguas de la ignorancia,
Sin rumbo, sin tripulación,
Los muelles me escupían,
Las orillas huían de mi encallar.
Fui un peñero solitario
Hasta que la soledad se hizo amiga
Y nació el primer verso.

Capítulo 14

Versar

¿Debería, amada mía, versar sobre tus montañas pintarrajeadas?
¿Sobre los pliegues de tus mejillas, o el extraño crujir de tu mandíbula?
Describir el armonioso camino al éxtasis que he de recorrer cuando mi
peñero busca tu orilla
O la austeridad de tu capitanía en mis velas.
La manera en que ese movimiento tuyo transforma un tormentoso día de
enero en un silencioso octavo día de abril
La manera en la que robas mi sueño para crear una pasión en ti
O de aquella manía tuya que me hace temer una vez más a los fantasmas
de mi alcoba
Versas, quizás, sobre ese insecto en aquella sucia habitación pastel
O la llama de tus ojos cuando tu mano y la mía son una pequeña
mariposa.

Capítulo 15

Mi patria

Nací en un país sin patria, ni dioses
En donde el trigo no es del campesino
Sino del perezoso bajo el bananal
Y la vida no es de uno, sino de quien posea el arma.

Nací en un país sin bandera,
De gente babélica, supersticiosa
Llaman dios a un hombre con ligera oratoria
Nací en un país sin próceres, porque mi gente no tiene memoria, y solo se encargan de vivir el día.
En sus momentos de corta lucidez, parecen un poco a humanos y recuerdan:
¡En la patria vieja, no había hambre, era el mejor país!

Nací en un país de gente sin cultura, sin tierra, que visten trapos rojos y ondean banderas inventadas.
Nací en un país sin amor, porque lo único digno de ser amado era un hombre vestido de rojo.
Nací para ser el dócil esclavo de una patria muerta
Pero mis cadenas reclaman que sirva a mi musa y a sus letras.

Capítulo 16

Dictador

Ahí viene
Ahí viene
A lo lejos el dictador
Los niños salen a las calles con enormes cántaros

Ahí viene
Ahí viene
Ahí viene el dictador

El cielo llora hoy y las flores perderán su color
Ahí está el dictador

El cielo no se lamentara hoy, no, no
El cielo se rasgara hoy
El cielo cayó y el dictador huyó

Corre
Corre
Corre dictador
Que tu hora llego hoy.

Capítulo 17

Orquídea y rosa

El triste jardinero sembró una rosa hoy
su huerto era marchito y la tierra como ceniza
Quizás tenía fe, o simplemente era un soñador
Pasaron seis inviernos, ligeros para los hombros del jardinero
La semilla se hundía en el huerto, pero semilla era
El jardinero se arrodilló y exclamó a su Dios
¡Qué te he pedido yo en esta vida! Solo una rosa. Polvo es esta huerta,
pero polvo seré yo. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío, dame una rosa!
Pero la rosa no creció.

Los fuegos del cielo descendieron
Ardió la tierra
Y cuando el rocío llegó
Una pequeña flor creció
Dichoso el jardinero rezó tres días
Y al cuarto olvidó a su Dios
Su pequeña flor crecía, era morada y no lo entendía
Pero bebió tres cañas en un día.
Algunas veces iba a hurtadillas al huerto
A llorar por la rosa
Sus lágrimas de papel cayeron sobre la simiente
Y esta creció.

Dos flores en su huerta
No eran su milagro
Aquellas tenían una pugna secreta cuando el jardinero acariciaba sus
pétalos
Se encendían en invierno por la mirada de su cuidador
La rosa y la orquídea cruzaron sus raíces
Morían un poco cada día
Las caricias del jardinero resquebrajan sus pétalos
Lloró y calló
No rezo a su Dios
Con su tijera de cristal miró a las dos
¿Cual he de cortar?
¿La rosa que siempre añore y a la flor que me amó?

Capítulo 18

La vieja casa

Temo una vez más a los fantasmas de la vieja casa
Cauteloso vigilo las enmarcaciones de mis antepasados
Rezo al Dios de Abraham por la oscuridad que cierne las ventanas
Mapeo apresurado en unas cuantas servilletas
No creo tener la audacia de ser el guía de mi travesía
Pero atravieso las regiones oscuras de aquella vieja casa de mármol y
esperanzas.

Temo a los fantasmas
Pero daría mil lirios
Para que uno me robe el sueño.

A los lejos gruñían las bestias
Alzaban sus copas
Invitándome a unirme a sus filas
Yo solo quiero Vino
Y vestirme, quizás, de blanco
El insidioso repiqueteo del reloj revela su secreta labor;
Pronto he de morir
Y mi travesía será una ensoñación.

Capítulo 19

Tú

Busco tu rostro en las oscuras regiones del olvido
Ardo en fiebre en mis evocaciones diáfanas de tu sexo
Rasguño el indomable deseo de mis labios por los tuyos
Como desamparado tanteo uno a uno los recuerdo que me lleven al
éxtasis de tus besos
Corro y me desvisto ante la multitud que clama que seas olvido
Deambulo por el cadáver de una ciudad
Buscando entre rezos y lamentos tus ojos de perlas.

Capítulo 20

La noche ya no es de los poetas

Una noche como esta, hace mil trescientos años, la luna fue un
endemoniado ojo de dragón
Las bestias enloquecieron y sacrificaron unos trillizos, a fuerza de
lamentos y furiosos golpes de acero, la oscuridad se cernía sobre las
bulliciosas ciudades de lodo y alquitrán
La muerte venía vestida de terciopelo rojo y con un mazo de fina madera
Las noches ya no son de los poetas, no hay más versos, no hay poemas,
la oscuridad se convirtió —tal vez se hizo— para derramar nuestra sangre
tras la ferviente derrota de la muerte sobre la vida.
¿Dios mío, qué hice en mi vida anterior? ¿Disparé contra judíos? ¿Por qué
he de sufrir las plagas de Egipto por culpa de la mano de mis padres?

Capítulo 21

La mujer de Babilonia

La mujer de Babilonia traía unos claveles en su cesta
Decía que eran un regalo de las montañas de occidente
Perfumadas de muerto envejecido las repartió entre los niños, que
enfermaron y a los catorce días fueron sepultados
La mujer de Babilonia se carcajeó
Cuando vio los machetes airados
Busco se yegua y se marchó de la ciudad clamando; la culpa es de las
montañas de occidente.

Capítulo 22

¿Por qué escribo sobre ti?

Te vi
Quizás tú también me viste
El indomable flujo de la pólvora y el trote del caballo hacía imposible
aquella secreta mirada
Pero como audaz ladrón me escabullí entre los hombres verdes que
empuñaban sus lanzas y vi aquellos ojos de plata
El universo se detuvo, frente a ti la flor abría su codicia, el turpial huía y
los tambores de guerra sacudían los lechos.
Trate, en vano, tocar tus mejillas, pero tu rostro se agrietada por los
silencioso truenos de las lanzas amarillas.

Huía, pero mis piernas saltaban a tu agonía
Asustada rezabas
Los mortales a tu diestra decían;
"¿Aún cree en esas cosas?"
El zumbido de las máquinas acechaba los cadáveres
Estos, en su vanagloria, posaron sus atributos frente a las llameantes
máquinas de acero verde
"¿Ves mi hermoso cuerpo? ¡Será el obstáculo de tu carroza!"
La vida se nos iba a en eso
Dichosos observadores.

Te vi
Quizás tú también
Intente rescatarte de las garras de los hombres verdes y sus ganancias
Pero a mi diestra los mortales clamaban;
"Esa mujer ya no tiene vida, no tiene salvación"
Cállense, cállense
Mientras el lirio crezca en su corazón y su mirada sea de temor
Daré mi vida por aquella mujer asustada de ojos de plata y cabello
alborotado.

Capítulo 23

Archipiélagos de estrellas

El encuentro feroz de nuestras almas
Suscitaba olas de fuego
Que impactaban ansiosas en los acantilados de tu piel
Gritos y aullidos
Lágrimas blancas se deslizaban por tus diáfanos archipiélagos de estrellas.

La noche procelosa que mi barca encalló en tu orilla me proclame rey de una ciudad sin vida
Sondé con timidez las oscuras cuevas de tus monstruos
Plante los rosales y lirios que perfumaron las montañas del éxtasis y olvido.
Pinte los atardeceres de tus ojos en lienzos de tela humedecidos de claveles, y un poco de rabia embellecida.

La ciudad erguía su flor marchita
Surqué a tus tierras desconocidas.
Una tarde, luego de largos años de viaje, mi tren invisible vislumbro el túnel ignoto a tus praderas de miel y leche fresca
Como serpiente mi tren te seguía, ansiabas mi estadía
Tome tus mares entre mis manos y proclame mi soberanía.

Tu agua perfumada se deslizaba entre mis dedos ávidos
Tu cordillera se expandía a mí para ser recorrida con la punta de mi lengua
Tome tus mares entre mis manos y deslice mi tren en tu cordillera
Vi en tu rostro una pintura olvidada de un hombre asustado, o quizás gritando
Tomé lo que por milenios a exploradores asiduos enloquecía; Tú.

Capítulo 24

Silencio

Recuerdo un día frente a tu sepulcro
El calor era abrasante como las llamas de un endemoniado corazón de amante
El ave triste posaba su plumaje a las cuencas vacías y a los tristes ojos que pedían un minuto más.
Pero la hora había llegado y en sus corazones no florecieron a la ternura de una luna vacía.

Papá me enseñó el silencio
En las llanuras muertas, si esperabas un poco podías oír la fiera invisible que rugía lamentos de una guerra
Las nubes de níquel surcaron otro rumbo, a montañas sin lágrimas.
Corazón herido, se abrió a la espera de tu regreso
Pero el polvo de tus huesos se fundía con la tierra virgen de aflicciones.

Veía la muerte, concretamente la tuya, como el vil desvarío de los desdichados
Pero vino en su corcel con dádivas cáusticas perfumadas con lirios.

La guerra ya no se combatía entre desconocidos guerreros de otra lengua

Sino entre hermanos por un pequeño trozo de pan.
También contra uno mismo, para no volver uno a su naturaleza
¿Vale la pena luchar hasta que a los dedos les falte la carne, por media canastilla de duro pan?
Creo que tu muerte fue un frívolo milagro, te cegó de ver la muerte de inocentes niños bajo una misma bandera roja.
Papa me enseñó el silencio, frente a su sepulcro
Rugía violenta la fiera invisible de las praderas.

Capítulo 25

Ausencia

Tu ausencia temprana
Desborda el río efímero de la añoranza
Cuece la piel salvaje de una bestia imaginaria
Que nunca es saciada

Tu ausencia temprana
La amarga espera de un rocío cálido
que humedece unos labios agrietados
El sutil anhelo de tus labios carmesí
La bella de tu pecho blandido
Y la espera ansiosa de una flor color rosa
que proviene de un Edén mejor creado del de Dios

Desvariado amador
Aterrado de la oscura noche
De sus siluetas benévolas
Sus astros claros como miel
La respuesta fugaz de unos besos prohibidos
Ver felices fantasmas recorrer la alcoba
La lágrima triste desciende por la mejilla
"cuando volverás, amor mío"
El deseo perpetuo de que uno de ellos seas tú.

Capítulo 26

Un corazón infeliz

El corazón marchito
Como las flores descuidadas
¿Cómo reanimar un corazón
Cuando se le dice que su amor no es correspondido?
Que día a día
Como la rosa cortada
Sus ríos rojos se irán estrechando
Que el sol de la pradera se ocultara
Un siglo y un beso
Que sus paredes se cernirán sobre su flama
Y las lágrimas ocultas recorrerán sus mejillas
¿Cómo explicarle que esto es parte del amor, incluso aún, si no es correspondido?
Que la alegría no sanara las espinas incrustadas
Aunque haya enormes luceros en el cielo
La noche será sobre él tan oscura como los rincones del averno
Aunque mil milenios transcurran en él, nunca encontrará un amor verdadero.

Capítulo 27

La doncella enamorada

iOh, dulce doncella!
No entregues tu azucena
No la intercambies con el mercader por unas míseras monedas
Aparta el lingual andrajoso
Que como serpiente embravecida busca la inocencia innata
De una flor cuyos pétalos desconocen la calidez de la estrella madre
Huye del dedal de oro que solo busca la calidez de la pradera.

Huye del oscuro rostro que llama desde las cenizas
Que silva y sonrío cauteloso
Huye de la mano que posee la rosa y la estruja hasta hacerla simiente
Huye del enano que canta sus melodías a la carne y las hueses
Pero sobre todo, huye del rey pasivo que reclama las praderas de
occidente.

Capítulo 28

Engendros

Los pequeños engendros del pecado
Arruinan los lirios del jardín
Infestan las aguas dulces de amargor verduoso
Quiero liberar y amar sin restricción
Pero los hijos del pecado cortan mis venas
Y se diluye el amor en un océano de culpas y sollozos.

De las tres tierra del fuego y la humilde yegua
Una mujer me carga su pecado
Que hierde mis manos como pesado plomo
¿Por qué, mujer, he de cargar un pecado que no es mío?
La hermosa mujer me respondió
Quiere ser libre, y yo quiero que sea libre
Oh, mujer, no quiero tu pecado
De sus enormes luceros como los abismos de la tierra destelló una furia
oculta
No es mi pecado, ahora también es tuyo, como la carne que recubre tus
huesos
La vida se hizo prisionera en mis labios.

Capítulo 29

El buscador inconsolable

Te he perdido, no sé cómo ni cuando
Desperté una mañana y ya no sentía el calor de tus labios
Perdía la rima de las letras y los huesos me pasaban como el plomo
Buscaba tu mano en las oscuras regiones del olvido, pero solo encontraba
las mías
Si tenía alma, se fue junto contigo.

Te busqué en las estrellas, en los mitos, en la religión ignota de los
abismos
Te busqué en la alcoba, en los sueños profanos de la incertidumbre
Te busqué como se busca un tesoro, cavando con mis manos la tierra que
nos separa
No sé si te encontraré, pues no estás perdida
solo nos separa el tiempo y las magias oscuras de las lenguas mezquinas.

Capítulo 30

Despedida

A aquellos que llame amigos en el bachillerato

Te digo adiós, amiga mía
No con amarga tristeza
Ni con embriagador júbilo
Ni con flores nuevas en el jardín.

Te digo adiós, amiga mía
Porque nuestro tiempo fue cruel e insensato
Porque la tormenta que me acechaba despiadada
La veías con regocijo clavar sus agujones en mi piel
Y yo en cambio, me gozaba en tus alegrías y te daba mi fuerza en tus batallas soñadas.

Te digo adiós, déspota traidora del afecto y hábil manipuladora de corazones
Te digo adiós con pesar, porque soy ingenuo, porque soy débil
Adiós, alma inicua, que sin vigor rompe el hechizo de la primavera
Serás espina de otra mano y yo ave de un ignoto cielo.

Capítulo 31

Castigo

Espero que el diluvio cese
Repentino, en la oscuridad del redentor
Que alce sus sombras y castigue a aquellos que apresuraron nuestras
plumas
Y nos compelieron al desconocimiento de las nubes.

Capítulo 32

¿A dónde vamos?

¿A dónde va uno cuando se le rompe el corazón?

¿A dónde va uno cuando las flores se marchitan y la pradera se torna áspera

¿Cuando el arte y el órgano se tornan oscuros?

¿Acaso peregrinar a un templo a buscar un corazón nuevo?

¿Acaso marchar a una guerra falsa y entre los escombros encontrar el amor verdadero?

Buscar una musa, falsificar sus versos, encontrar en su sonrisa mustia mi dicha y mi consuelo.

¿A buscar el sosiego en montañas sin vida?

¿O darle un último beso al viejo que va de partida?

Capítulo 33

Nostalgia

El más eficaz asesino que ha pisado la tierra,
No es hombre alguno, ni nefasta ideología
Ni santiguada religión endeble
El peor asesino que ha pisado la tierra es la nostalgia
Aquella que nos orilla a añorar la patria envejecida y pútrida
Madre que nos dio de su pecho la riqueza del alma y las enredaderas
sobre las manos
El deseo de recolectar las orquídeas de su tierra sin gracia
No anhelamos volver a la patria
Ni morir en su antigua tierra
Buscamos entre el sueño a aquellos que murieron bajo el acero rojo
Entre los sollozos levantarlos de sus lechos y declamar que la patria no ha
expirado mientras aquellos que amamos sigan habitando aquellas tierras
alejadas de la mirada del creador.

Capítulo 34

Simio

El simio llegó en su carroza blanca, dueña de otro hombre
Vestía seda y alpargatas
Ostentaba lujos de un simple sembrador y ropas de mísero esclavo
Estrechó manos
Miró lascivo montañas dóciles
Desairadas de la vida
Sin demora fueron seducidas por un hombre, mitad simio que carece de
alma y migajas de pan duro.

Capítulo 35

Flores de verano

Cuán fácil es sembrar la tigridia endeble
Que, como la pasión, a su muerte florecen cientos de nuevas simientes
Predilecta belleza de déspotas amantes, que, sin cuidado alguno flora la
semilla sin caricias o agua fresca.
Podrán contarse por miles las que posee un descuidado amator, pero
ninguna será capaz de saciar lo que ha muerto en su interior.

Cuán difícil es cultivar la orquídea grácil
Como bestia encabritada que resiste a la dominación de las ataduras
Pero qué placentero es verla florecer bajo el abrigo del anhelo
Que difícil, como el amor, cultivar la orquídea fausta.